

con disposiciones guerreras, como probablemente hubiera deseado Napoleón. El Austria se negó á tomar parte en otros pasos dados de comun acuerdo, porque el conde de Rechberg había recibido de San Petersburgo el aviso claro y terminante de que el czar consideraría una nota parecida á la mencionada como una declaración de guerra. Entonces el gobierno austriaco pidió al gobierno inglés que le garantizara sus territorios, y como el gobierno inglés no accedió á esta petición, el Austria se aproximó otra vez á la Rusia y algunos meses después declaró sus territorios polacos en estado de sitio, con lo cual perdió la sublevación polaca su último apoyo. A pesar de todo el gobierno inglés envió su despacho, aunque redactado en forma mas suave, á San Petersburgo; pero detuvo al portador telegráficamente en Berlín, porque el gobierno prusiano había declarado entretanto que se uniría con la Rusia para defender la integridad de Alemania. Como además había pasado á primer término en aquellos momentos la cuestión del Schleswig-Holstein, los ministros ingleses creyeron mas fácil poder salvar la Dinamarca si abandonaban la Polonia. Con este motivo volvieron á suavizar la mencionada nota, que finalmente fué entregada el 20 de octubre en una forma completamente pálida.

Napoleón comprendió con pesar que había sufrido una grave derrota y que era de la mayor importancia para su posición en Francia hacerla olvidar, á cuyo fin invitó solemnemente á las potencias á un congreso europeo, en 4 de noviembre, y así lo participó al día siguiente al pueblo francés en su discurso de apertura de las cámaras. Mas al parecer había pasado irrevocablemente el tiempo de los triunfos del emperador; el congreso no se reunió, y cuanto mas pomposamente se había anunciado tanto mas sensible fué esta otra derrota para la política interior.

## CAPITULO X

### OSCILACIONES DE LA POLITICA INTERIOR

El imperio, á pesar de la desconfianza con que se le miraba en el exterior y de la situación insegura que tenía en el interior, había conservado su situación dominante en los asuntos extranjeros. Esto, sin embargo, no había impedido que se efectuara desde el año 1860 en su política interior un cambio apenas perceptible, que por leve que fuese no dejó de ser en el fondo un desvío del camino seguido hasta entonces, que era el de los principios imperialistas, y una ligera aproximación á la doctrina parlamentaria tan rudamente condenada. El emperador había dado los primeros pasos tímidos para preparar el coronamiento de su edificio por la libertad, como había prometido en su tiempo, y la liberalización paulatina del imperialismo. Es probable que á Napoleón jamás se le hubiera ocultado que semejante cambio se haría con el tiempo inevitable, pero al parecer no había tratado nunca de proponerse un programa fijo de su propósito ni de las sucesivas etapas que quería recorrer. Vivía, por decirlo así, al día; hacia concesiones cuando las circunstancias le empujaban á ello, y volvía á retroceder cuando las consecuencias de sus reformas no le gustaban ó le atemorizaban. Tarea ociosa es, por supuesto, calcular ahora si hubiera sido posible á Napoleón, siguiendo un propósito fijo, abandonar la base del imperialismo, gradualmente por supuesto, y transformar el imperio en gobierno parlamentario; pero de todos modos, habría sido para esto la primera condición su resolución de renunciar á las «ideas napoleónicas.» Faltando esta resolución su marcha tuvo que ser vacilante é insegura, perdiendo su anterior terreno sólido, sin encontrar en cambio un nuevo terreno que le hubiera podido servir de base

firme. Lo que dió á estas oscilaciones un carácter mas lamentable y hasta funesto fué el haber sido producidas principalmente por motivos de política extranjera. Por lo demás la política extranjera fué la que impulsó al emperador á las primeras desviaciones de su política imperial; pues el haberse enajenado el apoyo del partido clerical, que se veía postergado por la política del emperador, le movió á decretar las primeras reformas en el interior.

Se había observado ya antes cierta inclinación á la oposición en algun diputado, además de los cinco que entraron en la cámara segun dijimos en su lugar, y esta oposición se manifestó, como lo había hecho ya en la legislatura de 1852, casi cada año, en la discusión del presupuesto, producida por el descontento que suscitaba entre los diputados la insignificante influencia del cuerpo legislativo. Se lamentaban de que apenas tenía esta corporación otra incumbencia mas que registrar el presupuesto tal como lo había aprobado el consejo de Estado; de que ni siquiera se admitían las enmiendas mas modestas, y de que la aprobación de los gastos por ministerios, conforme mandaba la constitución, hacía imposible toda vigilancia sobre la totalidad. Esta «pequeña oposición,» como la llamaban por burla los cinco diputados de la oposición verdadera (1), carecía de todo carácter importante; tampoco tenía importancia ninguna la minoría, mas numerosa, que solía formarse por motivos especiales con ocasión de proposiciones secundarias; y si en tal caso se consideraba esta oposición como un suceso notable, era únicamente á causa de la obediencia absoluta que observaba la mayor parte de los diputados enfrente de las proposiciones del gobierno.

Al estallar la guerra de Italia se manifestó casi imperceptiblemente una oposición mas grave, y fué la que hizo el partido adicto al imperio á favor del Papa, cuyo porvenir inspiraba serios cuidados á sus partidarios. Ya en los debates sobre el empréstito de guerra de 1859 manifestó el vizconde Anatolio Lemerrier estos sentimientos, pidiendo explicaciones sobre la conducta que el gobierno pensaba seguir para asegurar la independencia de la Santa Sede; y si bien semejante pregunta no estaba en las atribuciones del cuerpo legislativo, segun la constitución, Baroche juzgó prudente contestar á ella dando explicaciones tranquilizadoras que al parecer calmaron á los ultramontanos. A medida que se desarrollaron los sucesos en Italia, creció el descontento entre los partidarios del Papa, y ya á fines del año 1859 se manifestó una tirantez entre los ultramontanos y el emperador que apenas fué posible velar y mucho menos disminuir. Por mas que se esforzó Napoleón por no excitar á la curia y garantizarle la posesión de Roma, no fué bastante para que le perdonara la guerra de Italia; y cuando con la anexión de la Saboya y Niza autorizó la incorporación de la Romagna al nuevo reino de Italia, el partido adicto al Papa no le guardó ya atenciones. El nuncio del Papa en París, Sacconi, desahogó su indignación abiertamente en todos los salones, diciendo entre otras cosas que de él dependía únicamente encender la guerra civil en Francia y destruir el trono del emperador (2). Los informes del nuncio, segun decía lamentándose el duque de Gramont, eran aceite echado al fuego y excitaban al Papa, no solo con reflexiones políticas que hacia el nuncio, sino con la comunicación de anécdotas calumniosas y con expresiones que atribuía al emperador y que recogía de la oposición mas encarnizada (3).

(1) Darimon: *Histoire d'un parti: les Cinq sous l'Empire*, Paris, 1885, pág. 265.

(2) Carta de Merimee á Panizzi del 25 de marzo de 1860 (tomo I, página 78).

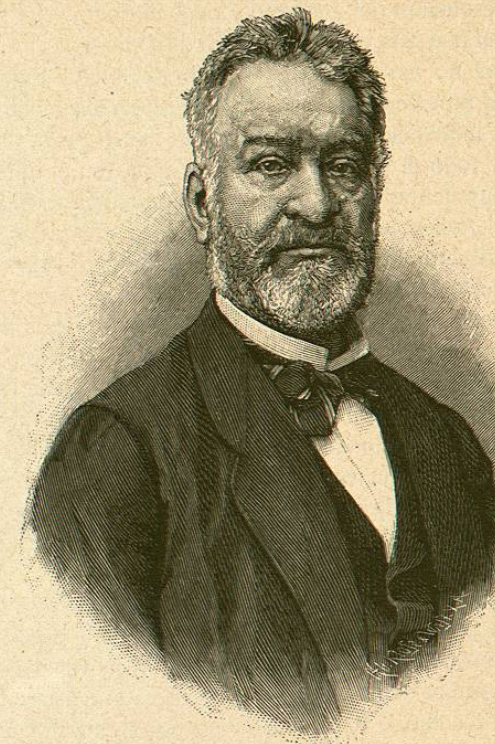
(3) Thouvenel, tomo I, pág. 40.

Poco ganó el emperador cuando consiguió que después de una licencia bastante larga fuese sustituido Sacconi por Chigi, de opiniones mas templadas, porque quien estaba mas indignado de la política imperial era el mismo Papa; y aunque el cardenal Antonelli recomendaba en general la moderación, el ministro de la Guerra, Merode, y toda la camarilla trabajaban en sentido contrario. La correspondencia que de cuando en cuando tuvo el emperador con el Papa, aplacó un poco el espíritu de la curia, pero no le modificó en el fondo; así fué que Pio IX por Navidad de 1860 escribió una carta al emperador, en la cual se negó á confirmar algunos obispos y pidió que Napoleón designara un sucesor á Morlot, arzobispo de París, al cual instaban los ultramontanos á dimitir. La contestación que dió el emperador en 8 de enero de 1861 á esta exigencia (1), fué muy franca y clara. En ella se lamentaba de que circunstancias fatales hubiesen suscitado desconfianza y casi enemistad entre el Estado y la Iglesia, que Dios había creado para vivir en concordia. Decía que desde hacia diez y ocho meses las menores divergencias de opinión eran continuamente motivos de disputa; que había hecho todo cuanto había dependido de él para mantener en lo posible la autoridad del Papa, sin perjudicar los intereses de Francia, y á pesar de esto se le acusaba de no haber hecho bastante; que los hombres mas exaltados del clero francés estaban excitados contra él; que querían obligar á Morlot á dimitir su cargo de capellan mayor de palacio, y trabajaban para crear en Francia con obispos y eclesiásticos un gobierno papal que burlándose de las leyes del país, enganchaba reclutas y recogía dinero para el Papa; en fin, que Roma se había hecho un foco de conspiraciones contra su gobierno. La impresión que hizo esta carta sobre el Papa, fué mas favorable que adversa á Napoleón. Pio IX dijo que esta vez el emperador había manifestado tan claramente su disgusto, que merecía crédito las seguridades de sumisión que daba en la misma carta. Por esta razón la contestación del Papa del 14 de febrero fué mucho mas benigna y conciliadora que la del día de Navidad (2); mas en el fondo mantuvo todas sus quejas y el partido clerical francés continuó tambien en su actitud hostil. Un folleto de La-Guerroniere publicado á mediados de febrero con el título de *Francia, Roma é Italia*, enardeció todavía mas los ánimos, y habiéndose supuesto, aunque muy erróneamente, que el emperador le había inspirado, los obispos empezaron á condenarlo en pastorales. Dupanloup, obispo de Orleans, supo conservar las formas sin menoscabo de la energía; pero Pie, obispo de Poitiers, no tuvo la menor consideración al emperador y le calificó sin ambages de Poncio Pilato, el deícida, «que pudo salvar á Cristo y sin el cual no se le hubiera podido conducir al Calvario.» A esto ya no podía callar el gobierno; se limitó respecto de Dupanloup á prohibir al prefecto y demás funcionarios elevados todo trato con el obispo; pero respecto de Pie decidió censurarlo oficialmente, y el ministro de Justicia ordenó á los fiscales proceder judicialmente contra aquellos eclesiásticos que en sus ataques al gobierno faltasen á la ley. Tambien se tomaron disposiciones severas desde principios del año 1860 contra las sociedades católicas que se hacían instrumentos de hostilidad; y tan pronto como algun periódico se excedió de los límites de prudencia, que en general supieron guardar, conforme sucedió á la *Gazette de Lyon* y al *Univers* de Veuillot, no titubeó el gobierno en atemorizarlos con sus advertencias ó en suprimirlos para hacerlos inofensivos. Hasta la reproducción de una carta dirigida por tres diputados

(1) Thouvenel, tomo I, pág. 373.

(2) Thouvenel, tomo I, págs. 446-456.

clericales al emperador, fué castigada con la prohibición del periódico, *La Bretagne*, que la había publicado. Pero suprimiendo los síntomas, no se suprimía el mal, que consistía en la hostilidad de los ultramontanos al imperio, hostilidad que iba ganando terreno entre los miembros clericales del cuerpo legislativo, aunque elegidos en calidad de candidatos oficiales. Los diputados Keller, Plichon, Anatolio Lemerrier y otros no tardaron en ser adversarios del gobierno imperial, tan molestos como los cinco diputados republicanos, y detrás de ellos se hallaba un número mucho mayor de indecisos, que si bien no llegaban á lanzarse francamente á la oposición para no imposibilitarse en las próximas elecciones, se dejaban arrastrar en ciertos casos por sus simpa-



Veuillot (segun fotografia)

tías religiosas. Así en la sesión del 22 de marzo, en el debate sobre la cuestión italiana, pidieron la supresión de un pasaje de la contestación al discurso de la corona en el cual se censuraba la resistencia del Papa á los sabios consejos del emperador. La enmienda presentada á este efecto fué rechazada solo por la protesta enérgica de Baroche, pero á pesar de esto tuvo á su favor 90 votos contra 161; de suerte que con razón se pudo decir desde entonces que además de la oposición de los cinco, había otra oposición de los noventa, es decir, que en adelante había una oposición política y otra religiosa.

Además de estas dificultades había otras. El emperador, guiado por sus principios económicos y por el deseo de volver á estrechar su alianza con Inglaterra, estaba decidido desde el principio del año 1860 á entrar en la vía del libre comercio, con lo cual se enajenó el apoyo de los partidarios del sistema proteccionista ó prohibitivo. Sería un error atribuir esta nueva política mercantil de Napoleón únicamente al deseo de hacer una concesión á Inglaterra, porque Napoleón había profesado siempre principios de libre comercio; y ya en 1851 había indicado siendo todavía presidente que deseaba la supresión de las prohibiciones de importación. Si entonces renunció por lo pronto á este objeto porque no vió suficientemente preparados los ánimos, decretó á lo menos la entrada libre de los materiales necesarios para las cons-

trucciones marítimas y rebajó mucho los derechos de un gran número de artículos, como el carbon mineral, el hierro, el acero, la lana, los ganados para matadero, los alcoholes y otros. Después de la guerra de Crimea creyó llegado el tiempo de proceder con mas energía en este punto; pero el proyecto de ley en que se proponía la supresión de todas las prohibiciones arancelarias excitó tanta tempestad en el país, que se decidió nuevamente á aplazar la realizacion de su ideal. Nombró una comision especial para examinar las muchas peticiones de las cámaras de comercio, de los consejos generales, etc., y en vista de su dictámen hizo declarar por medio del *Monitor* que la abolicion de las prohibiciones no se efectuaría antes del 1.º de julio de 1861. En este artículo se decía: «La industria francesa queda con esto enterada de la firme resolucíon del gobierno y tiene el tiempo suficiente para prepararse para el nuevo sistema de comercio (1).» Esta advertencia no fué tomada en sentido demasiado riguroso, porque los proteccionistas mas distinguidos, convencidos de su grande influencia, se lisonjearon con la esperanza de impedir todo el plan. En la prensa apoyaron el libre comercio muy contados periódicos de importancia, como por ejemplo el *Journal des Debats*, de opiniones orleanistas y en el cual escribieron Miguel Chevalier y Kochlin; poco á poco se extinguieron los debates, si bien el gobierno, rebajando repetidas veces los derechos de entrada de las primeras materias, dió á conocer que insistía en su idea. Cambió sin embargo el procedimiento, y en lugar de realizar la gran transformacion del comercio por la via parlamentaria, se valió de su derecho constitucional de hacer tratados de comercio sin la cooperacion del cuerpo legislativo. De esta manera no solo pudo prescindir de la resistencia de los proteccionistas, sino que pudo tambien obtener ventajas para la industria francesa de la otra potencia contratante.

En este concepto se presentó la Inglaterra como la potencia con la cual convenia entenderse primero, tanto mas cuanto que al mismo tiempo esta inteligencia ofrecia ventajas políticas. El primer empuje que volvió á dar á este asunto importancia procedió de Ricardo Cobden, el gran apóstol inglés del libre cambio. Este hombre indujo á Chevalier, que en octubre de 1859 visitó la Inglaterra, á conferenciar sobre este punto con Gladstone y Bright y enterar despues á su soberano de la conferencia. Chevalier aceptó y enteró del asunto á Rouher, Fould y Baroche. En seguida recibió Cobden poderes del gobierno inglés y tuvo el 24 de octubre una audiencia con Napoleon, que en esta ocasion se expresó con gran agitacion sobre los ataques de la prensa inglesa, pero indicando al mismo tiempo como el mejor medio de dispersar las nubes del horizonte político en Inglaterra, un tratado de comercio. Pareció que temía mucho la oposicion de la industria francesa; pero prevaleció en su ánimo el deseo de alcanzar la gloria de Roberto Peel. Dispuso que se ocultaran las conferencias, para que no llegaran á oídos de los proteccionistas de la corte, y especialmente de Walewski, ministro de Negocios extranjeros, y de Magne, ministro de Hacienda; por cuyo motivo se celebraron en la habitacion de Cobden, siendo admitidos en ellas por la parte de Francia Rouher, Fould y Chevalier. No obstante llegó á noticia de Magne que algo se tramaba, y lo comunicó á Thiers, que inmediatamente escribió una carta al emperador para disuadirle de su propósito y aun pidió una entrevista que el emperador le negó. Las negociaciones y conferencias duraron unos tres meses, hasta que en 23 de enero de 1860 se llegó á una inteligencia sobre las bases, y pudo ser firmado por Baroche

(1) Véase Viel-Castel, tomo III, pág. 295; Senior, tomo II, página 112; Geyer, pág. 108.

y lord Cowley el tratado de Compiegne. Siguieron despues otras negociaciones sobre cuestiones de detalles, para las cuales se consultó á los interesados, y esto dió lugar á los convenios adicionales de octubre y noviembre de 1860. La Inglaterra concedió grandes rebajas en los derechos de sederías, vinos y artículos de lujo; la Francia por su parte renunció á las prohibiciones de importacion que regian entonces para 44 clases de mercancías inglesas, y fijó los derechos máximos en el 30 por 100 del valor de la mercancía, y ambas naciones se concedieron mutuamente los derechos de las naciones mas favorecidas; por manera que toda rebaja de derecho que en adelante cada uno de los dos países hiciera á otro país, habia de aprovechar tambien á la otra de las dos naciones contratantes. La nueva tarifa debia entrar en vigor para ciertos artículos antes de la época fijada por el *Monitor* en 1856, como por ejemplo para carbon mineral, coque, hierro bruto, máquinas, etc., pero en general debia regir desde 1.º de octubre de 1861. A fin de hacer frente á las quejas violentas que eran de prever de parte de los industriales, publicó el emperador en 5 de enero, antes de firmarse el tratado, una carta dirigida á Fould, en la cual expuso que la introduccion del libre cambio debia ir precedida de disposiciones en favor del fomento de la agricultura y del desarrollo de la industria; que todas las materias primeras entrarían libres de derecho; que el Estado facilitaría préstamos á la industria para mejorar su material de explotacion y que se establecerían nuevos ferro-carriles, canales y carreteras. En efecto, el gobierno presentó en este sentido leyes que fueron aprobadas, y para cubrir los gastos correspondientes se aplicaron los 160 millones que habian sobrado del empréstito de guerra y las sumas que resultarían disponibles de la amortizacion de la deuda pública. Los proteccionistas aceptaron todas estas ventajas muy diligentemente, pero no por eso suspendieron sus ataques contra el tratado. El resultado justificó el nuevo sistema. En 1859 el valor de la importacion inglesa habia sido de 223 millones de francos, y en 1862 ascendió este valor á 470 millones, mientras al propio tiempo aumentó la exportacion desde 474 millones á 569 (2). A este tratado con Inglaterra siguieron muchos otros tratados de comercio con otras naciones, que promovieron un desarrollo nunca visto del comercio francés; de tal suerte que la exportacion é importacion de Francia, que por término medio no habia llegado en los años desde 1852 hasta 1856 ni á 3,000 millones de francos, ascendió ya en los años 1862 á 1866 á 5,500 millones, lo que justificó ciertamente el paso atrevido que dió el emperador bajo su propia responsabilidad y que será siempre uno de sus mayores méritos.

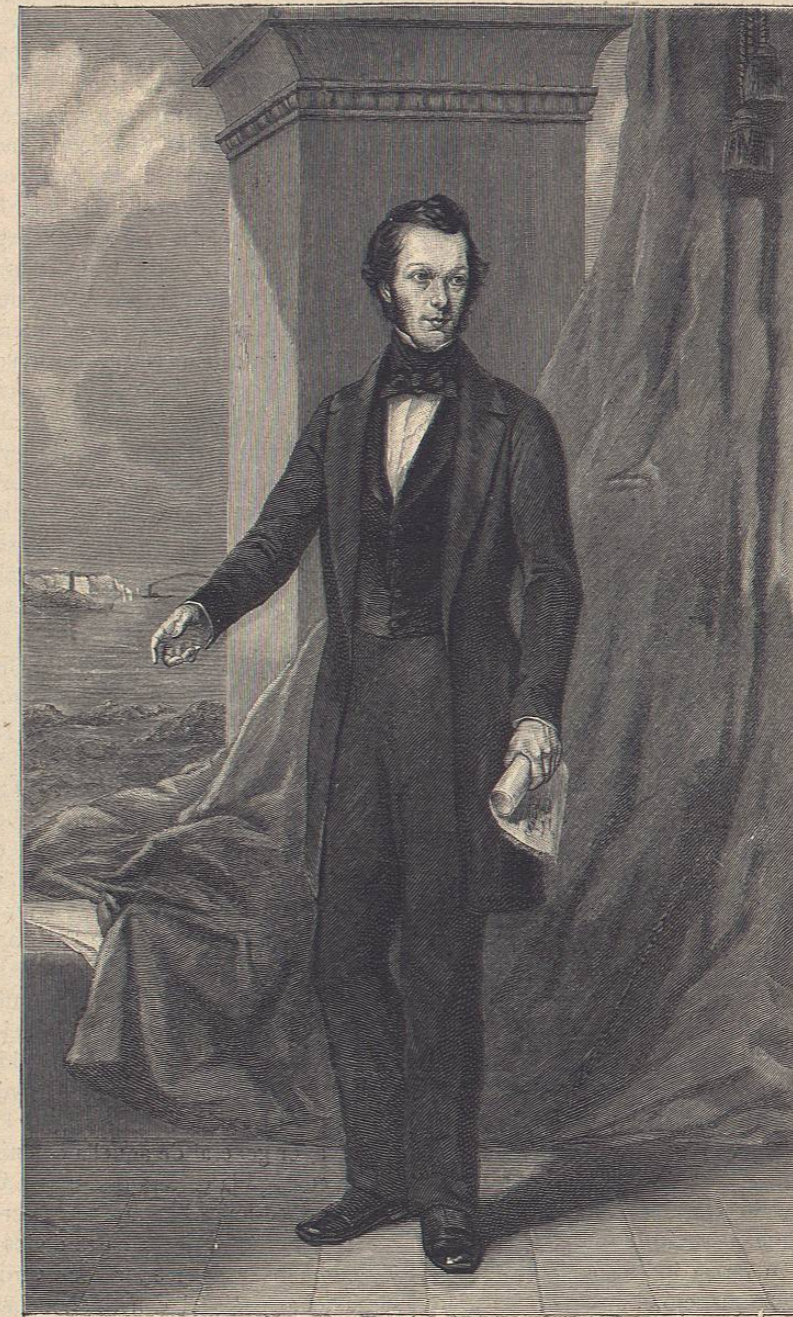
Los tratados mas importantes de comercio que siguieron al inglés fueron los celebrados con la Bélgica en 1861, con la union aduanera en 1862, con la Suiza en 1864, con Suecia y Noruega, España y Holanda en 1865, y con Portugal y Austria en 1866. Además, por la via legislativa se rebajaron considerablemente los derechos sobre primeras materias, como en mayo de 1860 los del algodón, materias tintóreas, salitre, etc. La importacion de trigo, que hasta entonces habia pagado segun una escala variable, fué declarada completamente libre, pagando solo cincuenta céntimos por cien kilogramos por derecho de reconocimiento. Se conservó en general el sistema de imponer á las mercancías que no se importaban directamente de los países de origen, ó que se importaban en buques extranjeros, un derecho de depósito y de bandera; se suavizó este gravamen del comercio notablemente, equiparando en todos los tratados los buques de la

(2) Estos números representan el valor aceptado oficialmente para la exportacion é importacion, que es inferior al valor verdadero.

otra potencia contratante á los franceses, y se determinó por la ley del mes de mayo de 1866, que despues de tres años quedaria suprimido el derecho diferencial de bandera que se cobraba de los buques que introducían mercancías de los países de origen. Una ley del 3 de julio de 1861 abrió tam-

bien las colonias francesas al libre comercio, y la Argelia obtuvo en 1867 un arancel nuevo y muy liberal.

En los comienzos de esta política de libre cambio favoreció mucho al emperador el resultado victorioso de la guerra de Italia y muy particularmente la anexion de Saboya y Niza



Ricardo Cobden (segun el grabado en cobre de Jacobo Stephenson, copia del cuadro original de C. A. Duval)

que robustecieron su posición en el país; y hasta sus adversarios confesaron que la gratitud de la Francia debilitaba mucho el efecto contrario de los tratados de comercio y de la discordia con el Papa, tanto mas cuanto que todos los partidos esperaban que pronto estallaría una guerra que daría lugar á la anexion de la Bélgica y de la Prusia rhiniana (1). Esto, sin embargo, no impidió que se efectuara entre los proteccionistas mas furibundos, cuyos jefes eran Pouyer-Quertier y Julio Brame, y la oposicion clerical, una alianza que

(1) Senior, tomo II, págs. 323 y 328, donde se citan expresiones de Thiers.

tuvo por resultado que el cuerpo legislativo de 1860 no fuera ya la asamblea obediente de 1858, que se inclinaba sin réplica ante todo deseo del gobierno. En adelante se unieron intereses materiales y morales para suscitar con frecuencia discusiones graves. El conde de Morny fué quizás el primero que previó los peligros que podían resultar de esta alianza para el gobierno; y como él mismo habia recomendado siempre la aproximacion del imperio al régimen parlamentario, se aumentó desde entonces doblemente su influencia. Ya en setiembre de 1859 habia indicado, como dijimos en su lugar, en un discurso que pronunció en el consejo general de su departamento, que el gobierno haría bien en dar mas libertad